

# Acerca de *La soledad era esto*

Jordi Jové

*A Raquel Asún*

La novela, trayectoria fulgurante del deseo, y la literatura como eminente ejercicio estético estigmatiza, más que otra cosa, a ese "monstruo delicado", el lector, en la identificación del cuerpo con su trabajo físico y corporal de lectura. Crear una obra, un código, un espacio imaginario, un recinto de lectura, para salir de esa "miseria" profunda, corresponde al tiempo de la creación literaria. Y aunque la literatura no tenga nada que decir: esté vacía, sin importarle apenas nada, y reservada tan sólo a aquellos encargados en esta sociedad de la palabra, trata de mantenerse ligeramente como materia intocable, apenas sin cambio, apenas definitiva. Así que, con espíritu perdedor, y desde la exterior ley del deseo, no trata de protegerse de nada, ni de los efectos de las emociones pasajeras, ni a través de estas emociones que quizás puedan hacernos alcanzar algo, eterno como la única belleza, registro de lo sensible y ráfaga de los sueños. Fatigado, quizás, por esta ausencia de cualquier elemento humano (no hay imaginación, no hay poesía), por esta multiplicación de conflictos, y por la falta de aventura verdadera, la risa y el humor, y la humanidad de Millás, dictan en superficie una dura mirada sobre esta crisis que es testimonio de una época y único ejemplo de virtud, no depravada, aún a pesar de la banalización del mundo sensible, aún a pesar de un horizonte intemporal, donde reinan impunemente, y de forma agitada, amor, justicia y moralidad. El temerario utópico, que es Millás, consigue superar estos frenos "morales" incluso por debajo del umbral inferior de ciertos principios (que deberán tenerse presentes continuamente)

El cuadro, que presenta completo, Juan José Millás, el autor de **El desorden de tu nombre** (Alfaguara, Madrid, 1988), en esta última novela, pertenece al del realismo de fondo tradicional, en la línea de **El Jarama**, de Rafael Sánchez Ferlosio<sup>(1)</sup>. Es una tendencia que, con estilo y expresión cuidada, resalta el contenido moral de unas situaciones y unos personajes marcados por el poder, el de su economía y su cultura. Ambos están muy bien trazados, y representan el desolado paisaje de una generación que, después de la rebeldía, se ha encontrado con las manos vacías, sin ideas, en la

rutina, y con la profunda soledad de los ideales frustrados. Elena, la protagonista, que narra su historia, empieza a pensar en sí misma, de forma obsesiva, a raíz de la muerte de su madre o verdaderamente buscando la poesía en su corazón. Los diarios de esta última y la trama detectivesca, que ella misma en su imaginación extralimita, configuran las invenciones radicales de una narración muy contada, *hablada*, con intriga ininterrumpida desde el principio al final. La novela, por sí misma ejemplo de estilización humorística, con sabia ironía, y con depurado estilo, traza una puesta en escena inteligente que consigue plasmar a una mujer de mediana edad muy de los tiempos de ahora en España. Sin exotismos ni imaginaciones estrafalarias, Millás hace correr la tinta con provecho: dirige la voz interior de Elena, e incluso los modos de producción, en los diálogos, resulta convincente. Sinceridad convencional y preciosa fuga literaria<sup>(2)</sup>.

El disfraz culturalista del personaje central facilita la expresión algo indirecta de los sentimientos. La expresión, sin embargo, resulta ejemplar por su claridad y eficacia. Desde lo obsceno a lo vulgar, lo cotidiano y banal de la vida de los ochenta en el Madrid "postmoderno" o "neobarroco" se reflejan con resultados óptimos frente al pudor y las convenciones. La desnudez de su lengua literaria destaca por encima de ciertos adornos sensuales, y de virtud poética, como los accidentales adjetivos calificativos y anglicismos inevitables. Los extranjerismos y las imágenes (justas comparaciones nada rebuscadas) retratan la tensión del mundo real y el deseo de una vida sencilla y plena por parte de la protagonista frente a aquellos que no la llevan ni pueden llevarla (su marido precisamente). El lenguaje, e igualmente su ritmo, busca la claridad de expresión, evita distraer al lector con metáforas brillantes o ritmos ensordecedores, y a este respecto resulta exactamente "útil". Sus descripciones tienen a la brevedad, huyendo de la extensión, incluso en las ocasiones en que podría resultar adecuado, como interpretamos que es el caso de los diarios maternos, que se reproducen en otro tono de intimidad en la obra<sup>(3)</sup>. Millás conserva firme el gusto por un vocabulario establecido ya, por la tradición narrativa española, y sus palabras fundan así, en su contexto, una nueva perspectiva. Prefiere limitar su alcance a convertirse en experimentador o innovador gratuito. No estamos ante el "esteticismo" sino ante una estética de la eficacia, en su doble aspecto irónico y sensual. No hay equívocos ni frases ininteligibles, sino la fácil entrada a un prosaísmo de estímulo programado, en el mejor sentido, que oprime y se desliza hacia el significado de aquello que quiere expresar, desde una forma poco inferente.

El tono de su narración se apoya en un esqueleto oral que agiliza la prosa hasta aprovechar recursos idiomáticos propios de la oralidad. Su lenguaje reduce, simplifica hasta el esquema y el apunte, prefiere la síntesis a lo analítico, y dominan las pausas y lo sustantivo frente a la monotonía y lo insustancial. El discurso toma así impulso, rapidez, flexibilidad, casi como lo haría la novela por entregas, en este siglo, la novela rosa, o sentimental. No hay repeticiones ni juegos literarios, propios del *saber* narrativos, y en las acotaciones permanece el cambio frente a lo inmutable. La presencia de lo breve, lo concentrado, aprieta las páginas con una voluntad que sugiere planos y contraplanos de la imagen cinematográfica (la caída del sol en el Madrid sobreexcitado de la modernidad desde el piso alto donde vive Elena, mientras ésta fumando advierte muestras ficticias y

estimulaciones programadas, como ejemplo rotundo del valor de las superficies. Efectivamente no hay otra forma de "entender" este discurso que reconociéndose en él, pues muestra idealmente, mediante justas observaciones, el contexto real que todos habitamos. La ausencia remarcable de paréntesis o guiones, la continuidad de una frase a otra, de capítulo a libro, le da carácter de arquitectura acabada, redonda, multiplicando el significado argumental, la totalidad, en traje pequeño. Es sólo una impresión, pero la neutralidad que alcanza el narrador en su oralidad narrativa forma parte significativa del texto(4). Un texto que se expresa con un estilo y un lenguaje cotidiano, eficaz y comprensivo, que no entraña más dificultad que la fábula contada, y quizás la aproximación "neobarroca" de estas líneas que, a su lado, son la luz más negra de la noche frente a la claridad más solar de la novela. Juega su papel transmisor de palabras, y pensamientos, que nos pertenecen, y, en su nivel, refleja, casi de forma perfecta, la precisión y eficacia, junto a la fluidez, que todo drama necesita. Si trágico, la medida es el grado cero, o el sentimiento de conseguir emplear la vida de un modo justo.

## NOTAS

(1) "El domingo, Elena se levantó de la cama con mal sabor de boca y ardor de estómago. Lo atribuyó al hecho de haber tomado mucha miel la noche anterior, en el transcurso de un ataque de hambre producido por el hachís. Se preparó un baño al que se entregó sin placer y pensó vagamente en depilarse la pierna izquierda, ...", en Juan José Millás, *La soledad era esto*, Ediciones Destino, Barcelona, 1990, pág. 39.

(2) "La realización de cuestiones de orden práctico puede justificar toda una vida, así de odiosas son. Estoy en un hotel en el que me instalé provisionalmente al regresar de Bruselas, mientras buscaba un apartamento. Al fin he encontrado uno a mi gusto y me trasladaré a él en los próximos días. A Enrique le dejé una nota justificando mi abandono y no ha intentado localizarme hasta el momento. No sé si esta actitud me gusta o no", *op. cit.*, pág. 162.

(3) "Realmente, un cuerpo es como un barrio: tiene su centro comercial, sus calles principales, y una periferia irregular por la que crece o muere. Yo no soy de aquí, de esta ciudad que denominan Madrid, capital del Estado. Vine a caer a este lugar por los azares de la vida y poco a poco dejé de ser de donde era, que era un sitio con mar y mucho son que no quiere nombrar porque en el transcurso de la existencia, no sé cuándo, dejé de ser de allí.", *ibidem*, pág. 48.

(4) Curiosamente, se acompaña esta narración con un epígrafe de *La Metamorfosis* de Franz Kafka. Es lógico deducir que la lección conserva una propuesta de sentido. En la narración reaparece su presencia de esta forma: "tuvo un recuerdo...para Gregorio Samsa, a quien tanto había amado en otro tiempo, y pensó que durante los últimos años también ella había sido un raro insecto que, al contrario del de Kafka, comenzaba a recuperar su antigua imagen antes de morir, antes de que los otros le mataran", *ibidem*, pág. 99.